

—Punto final, amigo mio.
 —En cuanto á tí, querido Gonzalez, cuenta desde hoy con mi proteccion.
 —Siempre esperé de Mondoñedo una conducta tan.... tan....
 —Tan etcétera; nos veremos, y mañana pasaré á ver el resultado del negocio.
 Salióse Mondoñedo muy ufano de su comision, y Felipe Cuevas, tomando su sombrero, se dirigió al hotel Iturbide repitiendo entre dientes:
 —Cien duros y una muchacha!..... cien duros y una muchacha!.....

—Bien, necesario de pronto cien duros me parece que una muchacha y cien pesos no son de desperdiciar.
 —Mondoñedo sacó una libranza y la entregó al estudiante.
 —No hay por esos mundos, dijo Gonzalez, otra chica roba da que pueda yo llevar de la misma manera.
 —Puede que se ofrezca mas adelante.
 —Ya estoy en sacas.
 —Hablamos francamente; te juro bajo mi palabra de honor que digo en nombre de nuestra amistad que esa muchacha aun no ha visto al hombre por quien crees haber sido robada.
 —No te comprendo.
 —Los salubres del conde del Jaral sabian que tenian amores pasados con Isabel, y la han robado con un recado supuestamente.
 —Ya pareció aquello.
 —Es necesario no enganar á los amigos.
 —Siempre es bueno saber á que atenerse.
 —Isabel está en Iturbide, y probablemente desahogada de no ver parecer al conde, que ni aun la recuerda.
 —Me presentaré como un salvador, hago un paso trágico, y digo con ella ¿no es esto?
 —Precisamente.
 —Y cuando se acaben los dineros?
 —Entonces mi bolsa estará siempre abierta para tí.

La preocupacion que tiene el publico acerca de los hoteles no comprende al de Iturbide, donde reina el mejor orden y tranquilidad, á pesar del gran flujo y reflujó de pasajeros.
 En una de sus magnificas habitaciones por donde se desfilaba cada hijo de Torre-Melilla en la mas completa desolacion habia pasado la noche en vela esperando á don Fernando, ya comenzaba á alarmarse por su situacion, cuando los golpes de los dados con reserva, le anunciaron la llegada de alguna persona.
 Levantóse la joven y abrió la puerta.
 El estudiante Felipe Cuevas se encorvó frente á Isabela con un boyo.
 —Pase usted, caballero.
 —Señor, si le es posible, quisiera que me prestara un plato una palabra, le suplico no me lo niegue.
 Felipe Cuevas quedó blanco de su exordio.

CAPITULO VIII.

De la manera sencilla con que vuela una muchacha y cien patacones.

I.

—Pase usted, señor.
 —Felipe Cuevas, revisor de usted.
 El hotel Iturbide es uno de los mejores edificios de la capital.
 La antigua casa del emperador, cuyo nombre conserva, no ha perdido el aspecto de munificencia primitiva.
 La puerta de fachada es bellisima, así como el primer patio, cercado por arcos elegantes.
 El segundo piso conserva el mismo orden que el primero, y sus estancias son magnificas.
 En aquel palacio fué proclamado el general Iturbide emperador de México.
 En aquellos balcones se exhibió cien veces cuando el pueblo lo aclamaba como la primera piedra de la dinastía nacional.
 Mas ¡ay! tambien de aquel régio edificio salió para no volver!

 El palacio imperial se ha trasformado en hotel, conservando la supremacia sobre los establecimientos de su género.

La preocupacion que tiene el público acerca de los hoteles, no comprende al de Iturbide, donde reina el mejor orden y circunspeccion, á pesar del gran flujo y reflujo de pasajeros.

En una de sus magníficas habitaciones permanecia la desgraciada hija de Torre-Mellada en la mas completa desolacion.

Habia pasado la noche en vela esperando á don Fernando, y ya comenzaba á alarmarse por su situacion, cuando dos toquidos dados con reserva, le anunciaron la llegada de alguna persona.

Levantóse la jóven y abrió la puerta.

El estudiante Felipe Cuevas se encontró frente á frente con su novia.

—Pase usted, caballero.

—Señora, si le es permitido á un buen amigo de usted hablarle una palabra, le suplico no me lo niegue.

Felipe Cuevas quedó ufano de su exordio.

—Pase usted, señor.----

—Felipe Cuevas, servidor de usted.

Entróse el estudiante y tomó el asiento que Isabel le indicó visiblemente inquieta.

Permanecieron un momento en silencio.

—Ya escucho, caballero.

—Seré franco con usted.

—Sí, pero suplico á usted encarecidamente que sea pronto.

—Seré breve. ¿Usted es la hija del señor don Fernando Torre-Mellada?

—¡Eso es todo lo que tiene usted que decirme!

—Continúo: el conde del Jaral ha requerido á usted de amores.

—Bien; adelante.

—Usted incautamente ha caído en la red.

—No comprendo bien, caballero.

—Ya irá usted comprendiendo. Los amigos del conde le han hecho á usted creer que necesitaba de un escándalo como el de

un raptó para poder contraer un matrimonio, imposible de otra manera.

—Es cierto, señor Cuevas; yo que comprendia esa dificultad, no la he tenido para prestarme, como usted ha dicho, incautamente, á un plan que hoy veo irrealizable.

—Esa es la palabra, señorita.

—Espero que usted me explique el participio que ha tomado en este negocio, y el objeto de su visita.

—Usted notará, señorita, que voy sobre áscuas; pero es necesario terminar este enojoso asunto. El conde no ha tenido participio en nada de lo que ha pasado; ha reprendido hecho tan imprudente, y me envía á decir á usted que debe volver á la casa de su padre, á quien le hará una franca explicacion.

—Esto es horroroso! exclamó Isabel; he sido víctima de una burla espantosa.

—Sí, horrible! murmuró Cuevas.

—¿Y ese hombre me propone semejante absurdo?

—Usted no sabe el cinismo de estos señores.

—¡Estoy perdida!

—Señora, dijo el estudiante tomando un aire cómico, yo he amado á usted con vehemencia, he recibido un desengaño de usted y una paliza del señor su padre, sin embargo, yo le ofrezco á usted desinteresadamente mi proteccion.

—Caballero, yo la acepto, no tengo otro remedio; estoy al borde de un abismo.

—No la dejaré á usted rodar por él, señorita.

—Salgamos de aquí, creo que este lugar me es fatal.

—Salgamos.

—No tengo con que pagar.

—Yo tengo, señora, para todo lo que usted necesite.

II.

Felipe Cuevas y la desgraciada Isabel dejaron el hotel Iturbide.

—¿Dónde llevaré á usted, señorita? decía el estudiante; y vivo en un cuarto donde duermen tres de mis compañeros.

—Usted hará lo que guste, yo no tengo mas apoyo que usted.

—Me ocurre una idea; mi amigo Gonzalez tiene una hermana; si usted quiere pasar algunos dias en su compañía.

—Estoy en el caso de aceptarlo todo.

—Pues andando, dijo Felipe Cuevas; y se dirigió á la calle del Carmen, donde tenia una pequeña vivienda Santiago Gonzalez el conolega.

Llamó á la puerta y apareció el estudiante.

—Querido, tú sabes ya la desgraciada historia de la señorita, y como su honra está comprometida, la pongo bajo la salvaguardia de tu hogar.

—Loreto! gritó Gonzalez, ya tienes antecedentes de lo que ha pasado; recibe á la señorita.

La hermana de Gonzalez, que tenia una alma de ángel, acogió con cariño á la desventurada jóven, que adolecia de una tristeza mortal.

—La dejo á usted en la casa de un buen amigo, mientras vamos lo que Dios dice.

—Caballero, yo no tengo con que pagar tanta solícitud.

—No hablemos mas, dijo Cuevas, y llamando á Loreto entregó los cien pesos para los gastos de Isabel.

—En otras circunstancias rehusaria este dinero; pero hoy veo obligada á pasar por esta humillacion.

—Vamos, que son ustedes susceptibles.

Gonzalez se lamia los bigotes de gusto al ver á la muchacha en su casa, y se disponia á emprender la conquista.

III.

Cuevas salió á la calle, y con el aire libre comenzó á reflexionar que habia hecho un pan como unas hóstias.

—Soy un bruto de profesion, esa muchacha me hubiera seguido al fin del mundo.... tan buenos discursos que he pronunciado, y todo ¿para qué?.... para entregarla tal vez á mi conolega Gonzalez, porque ese maldito es mas enamorado que el diablo; al fin hubiera concluido por amarme, y sobre todo, ¿para cuando se hicieron los abusos?.... no, eso es inmoral; pero con todo y moralidad debia yo tener esa muchacha conmigo, yo he contraido cierta obligacion con mi conciencia y no debia abandonar á Isabel.... estoy por volverme.... sucede otra desgracia.... no, yo soy una especie de tutor de esa niña, el muletazo es otro motivo mas para interesarme.

Iba entregado al laberinto de sus ideas cuando lo sacó de su absorcion la alegre voz de Mondoñedo.

—¿Qué pasa, querido?

—Nada y mucho, dijo el estudiante.

—Ya está el pájaro en el nido?

—Yo sí que soy un pájaro maltratado.

—Estás hoy con todo lo colegial en la cabeza.

—Esa es la palabra, *colegial!*

—Estoy inquieto por saber tu aventura.

—Pues dala por sabida, llegué como César, ví y vencí.

—Bravo!

—No muy bravo, porque me amansé como un carnero y he llevado á la chica á una casa respetable en vez de.... vamos, hazme favor de confesar que hoy merezco mas la paliza de ese viejo lagarto, que la pasada noche.

—Culpa tuya es nada mas, yo te la entregué y tú has malversado la negociacion.

—He aquí una mujer por quien recibo muletazos, desaires, desengaños, y á quien tengo que servir como un lacayo.

—¿Y tu amor?

—Si vuelves á pronunciar esa palabra reñimos sériamente.

—No veo el motivo.

—Hablar de amor á un hombre en mis circunstancias, es lo mismo que enseñarle la cruz al diablo.

—Vamos, ten un momento de sentido comun, y podremos hablar.

—Yo no tengo mas negocio que ahorcarme.

—Es de fácil arreglo.

—Estoy tan *arrancado* que no puedo ni aun suicidarme.

—Dájate caer de lo alto de la torre de Catedral.

—Si no tuviera que pagarse algo al campanero, ya hubieran llevado á su término ese pensamiento.

—Pues entonces déjate morir de hambre.

—Ya la suerte se ha encargado de ese negocio.

Felipe Cuevas tenia hidrofobia.

—Yo puedo calmar tus padecimientos, dijo sériamente Mondoñedo, si quieres dividir tu suerte con la mia.

—Hombre, no te estés burlando, porque cometo una barbaridad.

—Hablo con formalidad.

—Lárgate con mil diablos y no te burlés de un desgraciado en son de tu riqueza.

—Tendré que reñirte si no dejas ese tono.

—¿En que puedo servirte?

—No puedo decirte nada aquí.

—Lleguémenos á tu alojamiento.

—Andando.

IV.

Los dos amigos se dirijieron al hotel Iturbide y entraron en el cuarto de Mondoñedo.

El estudiante cerró la puerta y dijo á su compañero con aquella ruda franqueza de un antiguo camarada:

—Felipe Cuevas, estoy envuelto en una trama espantosa.

—No te comprendo.

—Esta riqueza, este boato que me has visto desplegar de una manera tan repentina, es un misterio que acabará por volverme loco.

—Me dejas confuso, abismado.

—Comenzaré por decirte que lo de la herencia es una ruina, mentira, que soy solo un instrumento que debe obedecer ciegamente, sin preguntar, sin inquirir ---- sin pensar ----

—Me parece un sueño cuanto estoy escuchando.

—Hay una mujer á quien amo apasionadamente, por quien cometeria hasta un crimen; pero esta mujer no la percibo á pesar de estar á su lado; sus palabras son enigmas, sus mandatos son leyes, su voluntad el aliento del destino.

—Y bien?

—Yo la decia amores, ella me ha llamado, ha puesto á mi disposicion su oro, sus riquezas que deben ser muy grandes, me ha hecho comprender la distancia que media entre los dos.

—No comprendo todavía.

—Felipe Cuevas, soy el instrumento de algo muy grave.

—Sí, el misterio es grande.

—La mision que me ha dado esa mujer, es la de *espía*.

—¿Y la has aceptado?

—Sí, porque no ejerzo espionaje con persona determinada soy el espía de la sociedad; hombres y mujeres le interesan á

esa mujer, está en los menores detalles, conoce á todo el mundo, las personas mas insignificantes le son familiares y no es aiena á la política; acaso es su pasion dominante.

—¿Y puedes permanecer al lado de ese misterio?

—Sí, porque mi vida está pendiente de sus ojos. . . . si yo supiera que no la habia de volver á ver me pegaría un tiro. Sí, Felipe, no preveo el fin que tenga esta aventura, mi corazon me avisa que voy á ser muy desgraciado, sí, muy desgraciado!

Dos gruesas lágrimas asomaron á las pupilas del estudiante.

—No me atrevo, dijo Felipe, á aventurar una palabra, yo haria lo mismo que tú.

—Mi carrera, mi porvenir, todo está perdido, tengo un velo delante de la existencia!

—Es necesaria una reaccion violenta, atrevida: huyamos Mondoñedo.

—No, eso seria anticipar el destino.

—Entonces cierra los ojos y camina sin preguntar á donde vas.

Mondoñedo inclinó la cabeza sumerjido en el mar inquieto de sus pensamientos.

—Es original, pensaba Felipe, todo lo que acontece á mi amigo; yo ya hubiera. . . . no, no hubiera hecho nada, ya me tengo experimentado. . . . abandonar á Isabel, y perder cien duros vamos que es la estupidez mas estúpida que he hecho en mi vida, y que ya cuento algunas en mi repertorio.

—Yo tengo á veces miedo, dijo Mondoñedo, me encuentro solo en una situacion excepcional.

—Si necesitas de los oficios de un buen amigo, ya sabes, Mondoñedo, que siempre te he visto como á un hermano.

—Sí, Felipe, es necesario que no te separes de mí, pues un golpe terrible debe sucederme.

—Al menos serémos dos.

—Sí, desde hoy seguiremos, como hace tantos años, nuestro destino.

—Bien, Mondoñedo, yo velare por tí.

—Y yo te confiaré cuanto me pase.

Los dos amigos se estrecharon con efusion.

V.

Dos toquidos dados á la puerta, con intencion, interrumpieron aquella fraternal escena.

—Veamos quien es, dijo Felipe Cuevas; pero su compañero lo detuvo por el brazo violentamente.

—¿Qué pasa? preguntó Cuevas con extrañeza.

—Me llaman.

—Sí, pero veamos quien te llama.

—Es inútil, repuso Mondoñedo.

Felipe abrió la puerta.

El corredor estaba desierto.

—¡Demonio! en esto hay algo de brujería.

—Esa mujer tiene el talisman del oro.

—Entonces no hay remedio, es necesario estar alerta.

—Si revelas este secreto me pierdes.

—Eso nunca! dijo Felipe, ya tienes una muestra en este asunto de Isabel, aunque es cierto que no tenia á quien contárselo sino á Gonzalez y ya lo sabe, estoy arrepentido hasta los tuétanos.

—Me voy, nos veremos esta noche, te contaré lo que haya pasado; cuando esa mujer me llama es siempre para algo interesante. Adios, ahí te dejo dinero, deseo que no vuelvas á tener apuraciones ni compromisos.

—Gracias.

Mondoñedo salió precipitadamente de su alojamiento.

Después de un rato, Felipe bajaba las escaleras del hotel, mientras un individuo tomaba nota de sus señas y del tiempo que había permanecido en el cuarto de Mondoñedo.

—Escabullirse la dama y volar los cien morlacos, he aquí una fatal combinación, pensaba el estudiante; peor sería que la muchacha se hubiera quedado y la libranza desaparecido..... estoy seguro de que ya Santiago Gonzalez le plantó la primera declaración.

CAPÍTULO IX.

De la operación química por la que un hombre se petrifica y una mujer

se exhala.

I.

Nuestros lectores conocen ya la habitación de Rosa, en la espalda del templo de Regina.

Aquella casa ignorada, desapercibida para el público, contenía nada menos que á la heroína de una novela.

Habían dado ya las nueve de la noche, cuando dos embozados llegaron al zaguán del edificio.

El sacristan salió á abrir previa una seña convenida, y aquellos hombres penetraron en el interior de los aposentos, hasta detenerse en el de los estantes de nogal donde Rosa había recibido al estudiante Mondoñedo.

Descubriéronse los embozados.

El uno era rubio, de ojos azules, llevaba bigote y pera, y en sus ademanes se conocía al político aventurero.

El otro era moreno, de patillas, frente mezquina, los ojos contrados y los labios sumamente delgados, que revelaban mas alto grado de susceptibilidad.

—Estoy terriblemente inquieto, dijo el rubio; necesito saber cuanto ha pasado porque la empresa está en un hilo.

—No hay que desconfiar; es negocio enteramente arreglado.

—Es que la España no debia haberse detenido ante la iniciacion del pacto tripartito, sino haber avanzado sola, enteramente sola.

—Esa es cuestion de poco momento: la España ha iniciado el pensamiento y será la dueña de la empresa; desde luego ha propuesto al candidato para la monarquía, que no es otro que don Juan de Borbon.

—He aquí el punto de nuestras aspiraciones, este cambio de tronos.

—Isabel II no entregará el de San Fernando á su primo; el primero en cambio sostendrá su candidatura en el sòlio de México.

—Así se acabarán sus inquietudes.

—Y sobre todo las nuestras, amigo mio.

II.

La puerta vidriera crugió sobre sus goznes, y Rosa se sentó á los desconocidos.

Levantáronse los caballeros, y adelantándose á la jóven saludaron con profundo respeto.

—Manzanedo, dijo Rosa, has recibido tu correspondencia?

—Una sola carta, en que se me anuncia que la señora condesa me participaria lo que creyese conveniente en este importante negocio.

—Bien; y tú, Wask?

—He recibido, dijo el jóven rubio, un ejemplar en la del señor Manzanedo.

—Pues bien; mi padre se encuentra satisfecho de la marcha política; la Inglaterra y la Francia han entrado en la convencion que se ha firmado en Lóndres.

—Está firmada? interrogó Wask sin poder contener su alegría.

—En el mes pasado.

—Y la señora condesa podrá decirnos los términos de la convencion?

—Ya los sabreis mas tarde.

—He visto á M. de Saligny, dijo Manzanedo, y no sabia aún de cierto lo que hemos tenido la satisfaccion de oír de labios de V. E.

—Ese señor Saligny es un imbécil, dijo la jóven con desprecio; se ha hecho abofetear en público para darse mas importancia en el momento de la *ocupacion*.

—Luego vendrán pronto las escuadras?

—A estas fechas deben haber salido de los puertos europeos.

—Por supuesto, dijo Wask, que las reclamaciones se harán efectivas, y percibiremos las cantidades asignadas.

—Ese es asunto vuestro, caballeros; los míos aun son de mas alta estima.

—Perdone S. E., señora condesa; pero nuestro porvenir está interesado.

—Lo comprendo; cada uno trabaja por su cuenta.

—Y no sabe V. E. algo de candidaturas?

—Sé lo que ya no es un secreto; que don Juan de Borbon es el postulado.

—Y aceptará?

—¡Creen por ventura los hombres débiles y los ilusos que don Juan dejará pasar esta oportunidad que lo hace de elementos para sus futuros planes? ¡Ignoran que un país con entra-

ñas de oro puede abrirle camino para sentarse en el trono de su padre usurpado por Isabel de Borbon? . . . Caballeros, la hora ha llegado para los enemigos de don Carlos: ese vástago proscrito, errante en las cortes extranjeras, se levanta poderoso, y sitúa el punto de apoyo en América para la reparación en el porvenir.

—La Francia y la Inglaterra tendrán también sus aspiraciones.

—Y qué importa? Napoleon III ha entrado en el delirio político, sueña con la división de los Estados-Unidos, sueño insensato, irrealizable, quimérico. . . la Inglaterra va en pos del orgullo; dejad esas ambiciones de mala ley y sigamos el principio político, él nos dará cuanto deseamos, nombre, gloria, riqueza, porvenir!

—Mis aspiraciones son conocidas, dijo Wask.

—Tú, siguiendo el carácter de tu raza, no te habla al corazón más que el dinero; lo tendrás hasta ahogarte en él; y tú, Manzanedo, que has acompañado tantos años á mi padre activo, llegas á la cúspide de tus ambiciones; tienes sed de más, yo la calmaré! . . . el conde de Morella, el sostenedor de la lucha *Carlista* te tiene en un alto concepto, eres su secretario particular; pero no te satisface la intimidad ni el silencio, quieres ostentarte y tienes razón; un hombre de talento para la política como tú, debe brillar; don Juan de Borbon te llevará a su lado, has vivido en el olvido en la Gran Bretaña, tu nombre sonará en México; he aquí el campo todo nuestro, nuestro deber es regresar á España, cuando la revolución llame al trono á los legítimos señores!

La joven plegó el ceño, como quien recuerda algo enojoso y continuó:

—Manzanedo, tú has nacido en América, no te espante la palabra *traición*; tu conciencia busca la felicidad de tu patria, no te detengas en esa vía por la que has comenzado á dar pasos agigantados.

Manzanedo se estremeció; había algo en su corazón que le decía: "Vender á la patria es un crimen."

Manzanedo y Wask se sentían desaparecer delante de aquel espíritu superior, que se exhalaba en un arranque terrible de ambición.

—Nada han sido los peligros, continuaba la joven, nada la inmensidad de los mares; todo lo he arrostrado por sacar á Don Juan de esa inerte postración en que yace; sus amigos le abandonan, la revolución en España se sofoca y sus fondos languidecen; la herencia de mi padre no es suficiente para la empresa; se necesita algo más grande, por eso yo le he aconsejado la *aceptación*. Don Juan vacila empeñado en no salir de Inglaterra sino para la España, ignorando que las líneas rectas son desconocidas en la ciencia política. Cuando desde la vieja Europa se le vea en el pedestal de un trono, su figura proyectará una sombra sobre el suelo patrio, cuando hoy no se le percibe entre las nieblas del Támesis. Sobre ese pedestal podrá acaso leerse en letras de oro: *Hispaniarum et Indiarum Rex*.

Los ojos de aquella mujer brillaban con una irradiación maravillosa.

—Seguid, señores, en pos de los proyectos del enviado de Napoleon; recoged la menor palabra que pueda alumbrarnos en esta crisis, y cuidad de no ser descubiertos.

—Teme algo la señora condesa?

—Un pueblo que ve en peligro su independencia, puede á la menor sospecha hacer un ejemplar terrible, y está en su derecho; es necesario no olvidar que son de nuestra raza, de aquellos hombres de 808, de los que prodigaron su sangre en el 2 de Mayo sin retroceder ante la espada de Murat.

Levantáronse los dos caballeros, besaron con respeto la mano á la condesa, é influenciados por la voz de aquella mujer, bajaron en silencio las escaleras y desaparecieron entre las pesadas sombras de la noche.

III.

Luego que los confidentes de la condesa se alejaron del aposento, el semblante de la jóven tomó un aspecto de melancolía y tristeza.

El relámpago había desaparecido de sus ojos; sus lábios desdenosos tomaron el tinte apacible de la sonrisa.

Sentóse en uno de los sillones, apoyó su brazo en el bufete y quedó hundida en una dulce contemplación.

Las once daban en el reloj del aposento.

—Es la hora! murmuró la jóven; no debe dilatar, saldré de esta terrible ansiedad que me devora.

De repente se dejó oír un ruido de espadas, y voces en la calle.

Rosa apagó la luz y se asomó á los cristales del balcón.

Dos hombres cruzaban sus aceros con furia horrible.

—No importa, decia uno de ellos jadeante de cansancio, herida no vale la pena.

—Sigamos, decia el otro procurando apagar el timbre de voz.

—Adelante! continuaba el herido, y la lucha se hacia empeñada.

—En qué terminará este duelo? se preguntaba Rosa, llena de ansiedad; qué le habrá motivado?

No pudiendo calmar su impaciencia, llegóse entre las tinieblas del aposento y tiró del cordón de la campanilla.

La puerta se abrió instantáneamente.

—Ved lo que pasa en la calle, y evitad, si es posible, la desgracia.

El criado salió y poco despues se oyó redoblar la algaba de gritos y estocadas.

Despues todo quedó en silencio.

—Creo que lo he matado, dijo uno de los contendientes al ver trastabillar á su enemigo; verémos si la sangre me dice en la hoja de la espada hasta donde ha penetrado; y con el acero descubierto se alejó, entrándose por los suburbios de la ciudad.

IV.

El sacristan penetró en el aposento llevando luces, y entregó á Rosa una targeta.

—Ya estaba impaciente por su llegada! que pase ese caballero.

Pocos momentos despues entró un hombre como de cuarenta y seis años, robusto, apuesto, elegante, de color moreno, bigote y perilla cuidadosamente acicalados, frente despejada, mirada inteligente y exquisitos modales.

—La señora condesa me tiene á sus órdenes.

—Caballero, dijo la dama y le tendió la mano con predilección, antes de vuestra partida he querido deciros algunas palabras.

—Supongo que por el Paquete recibiríais cartas del rey don Juan.

—Sí, me habla de la candidatura; pero noto en sus expresiones algo de vacilación.

Quedóse pensativo el caballero.

—¿Qué os parece de esta conducta? insistió la dama.

—Que veo muy oscuro el porvenir, y creo además que la liga europea trae otro pensamiento que aun no se revela claramente.

—Es que hay compromisos----

—Que acaso no se cumplirán.

—Caballero, no me hagais dudar de mi propia existencia.

—Es muy jóven aún la señora condesa para poder apreciar á los hombres en el juego siempre desleal de la política.

—Pero vos sabéis, tanto como yo, el empeño que hay en España para que don Juan acepte el trono de México.

—Sabéis lo que se le exige?

—No os comprendo bien, tened la bondad de ser mas explícito.

—La España, es decir, doña Isabel II se ve amenazada de una constante rebelion, por los derechos que los hijos de don Carlos creen tener al trono español.

—Y que tienen, caballero.

—No es esto una cuestion mia.

—Proseguid.

—Luego que don Juan abdique de sus derechos la revolucion quedará decapitada.

—Don Juan de Borbon no renunciará jamas á la herencia de sus abuelos, él es el único rey de España, aunque doña Isabel se siente en el escaño de la usurpacion.

—Insisto en que soy ageno á esa cuestion.

—Concluid, caballero.

—Pues bien, se le exige á don Juan la *renuncia* absoluta de sus derechos en su nombre y en el de sus descendientes.

—Villanía, infamia!

—Esa es la política, señora.

—Si la liga sostiene la candidatura, la España no podrá oponerse ni tener esas exigencias bastardas.

—Es que la España no se prestaria á dar su contingente de sangre para elevar á su mas terrible enemigo, ni ayudaria á levantarle á esa altura para volver de un hombre un gigante.

—Nada dicen las correspondencias europeas.

—Acaso las vuestras no lo consignent, pero en las mias se explica perfectamente este asunto.

—Yo creo, señor general, que los mexicanos que trabajan por la *intervencion*, no encontrarán inconveniente en aceptar al príncipe don Juan como rey de México.

—Al convocarme á esta cita, fiando á mi honor el secreto

de vuestra permanencia en este país, debo responder con entera franqueza y caballerosidad.

Inquietóse vivamente la dama con este preámbulo que nada bueno le auguraba.

—Ya tengo el honor de escucharos.

—El gobierno actual de la república con sus tendencias y sus hombres, están fuera de mi sentir político; creo que el país se desborda en ese huracan en que lo envuelve la reforma, sin que esto quiera decir que mis ideas se inclinen al régimen del retroceso.

La fisonomía de la jóven se enturbiaba por momentos.

—Creo, señora, que mi patria no puede llegar á la altura de mis deseos ni al de sus destinos, sino variando completamente de rumbo.

—Esa es la creencia y la conviccion de los hombres de Estado europeos.

—Las naciones aliadas, continuó el general, han pactado que no intervendrán en los asuntos interiores del país.

—Ya sabéis, caballero, que hay mucho tras esa carátula que se llama convencion de Lóndres.

—Señora, estoy al tanto de todo, pero hay estipulaciones que comprometen y tienen al fin que llevarse al cabo.

—No comprendo bien, señor general.

—Decia, señora, que la liga sostendrá el gobierno que la nacion quiera darse.

—Ahí está todo el juego diplomático.

—Precisamente es la razon por la que todo mexicano está en obligacion de concurrir, para que no se extravie el juicio nacional.

—¿Y bien?

—Yo marché á Veracruz para apersonarme con los aliados, y dispongo mis trabajos para el establecimiento de un orden en el cual no se comprometa la independenciam de México.

—¿Y creéis, señor general, que podeis ser una entidad?

—Creo, señora, en todo lo que mi deber me impone; creo que México no podrá resistir el empuje de las tres naciones mas poderosas del viejo continente, y que es necesario aprovecharse de esa libre eleccion para la forma de gobierno y las personas que deben regir los destinos del país.

—Luego pensais en alguna candidatura mexicana.

—Precisamente; la convencion nos ofrece apoyar al gobierno que la nacion se designe, veamos si podemos establecerlo segun nuestras urgentes necesidades en el estado actual del siglo y de la civilizacion.

—Señor general, esas ideas y sentimientos no os librarán ante el partido de la República de esa fea nota de ---- no me quiero permitir el decir la palabra.

—Señora, no hay temor de pronunciarla; puedo estar en un error, acaso la pasion política haya llegado á poner una venda sobre mis ojos, y las apariencias todas me acusen; pero yo os juro por mi honor, que no busco sino la felicidad de mi patria.

—¿Ignorais las leyes todas que condenan como antipatrióticos, una accion, una palabra, un pensamiento, que tienda á apersonarse con el extranjero?

—Todo lo sé y lo comprendo, juego en esta lucha hasta mi nombre allende la tumba.

—Veo por la explicacion franca que hemos tenido, que el príncipe don Juan no contará con vuestra influencia en el partido intervencionista.

—Ya he tenido el honor de manifestar mis convicciones.

—Y si don Juan de Borbon os ofreciese el mas brillante porvenir de nombre y honra que se pueda alcanzar despues de un monarca, qué diríais?

—Diria que la liga con el extranjero ----

—Y no vais á entrar acaso en un pacto con las naciones de la liga?

—Siento deciros, señora, que no apreciamos de la misma manera los hechos ni las situaciones.



— De pié Señor General !

—De pié, señor general! dijo la jóven con altanería; el príncipe don Juan no necesita de vuestra alianza, estais en libertad para descubrir nuestros planes, el secreto está en vuestra mano.

Aquel hombre caballeroso se quedó confuso ante ofensa tan palpitante, sus ojos se fijaron en los de la jóven y sus labios no pudieron pronunciar por mucho tiempo una sola palabra.

—Hemos concluido, señor general, sigo sola en la lucha, no me amedrentan las contrariedades, y de hoy mas os tendré como al mayor de los enemigos de mi causa. Yo no acepto términos medios, el todo por el todo, ó conmigo ó contra mí!

—Dios os guarde, señora.

El general salió de aquel recinto espantado de tanta audacia.

Aquel personaje, lleno de caballerosidad y adornado con las prominentes dotes del saber y del valor, impulsado por la fatalidad humana en uno de sus errores mas espantosos, iba en pos de las naciones aliadas, á pactar con el extranjero para la consecucion de sus fines políticos, sin sospechar que la mano de su destino irrevocable lo conducia á las gradas de un cadalso.

Aquel hombre era el general don Manuel Robles Pezuela.

La condesa quedó largo tiempo con la mirada fija en la puerta por la que acababa de salir aquel personaje, y despues, con la mano trémula por la emocion, agitó la campanilla.